

# Perspectiva Manrique



Teresa Arozena · María Laura Benavente  
Luna Bengoechea · Adonay Bermúdez  
Rafael-José Díaz · Carlos Díaz-Bertrana  
José María Fernández-Palacios  
Carmela García · Oswaldo Guerra  
José Herrera · Michel Jorge Millares  
Moneiba Lemes · Pablo Ley · Alicia Llarena  
José Manuel Marrero Henríquez  
Fernando Menis · Rosa Mesa  
Nilo Palenzuela · Luis Palmero  
Yolanda Peralta Sierra  
Flora Pescador · Antonio Puente  
Sara Robayna · Dalia de la Rosa  
Fernando Sabaté · Juan Sánchez  
Andrés Sánchez Robayna · Lázaro Santana  
Ernesto Suárez · Mónica Trujillo  
Carmelo Vega de la Rosa



FUNDACIÓN

CÉSAR

MANRIQUE

# Índice

Presentación .....	11
<b>Textos</b>	
Manrique: del suceso cultural al mito. Notas para una antropología fantasma Teresa Arozena .....	15
Paisaje-secuencia María Laura Benavente .....	23
No en vano Luna Bengoechea .....	29
Activismo como herencia Adonay Bermúdez .....	33
Entre las cimas blancas y las arenas negras: Arte y activismo en César Manrique y Maurice Chappaz Rafael-José Díaz .....	39
César Manrique, un pintor y algo más Carlos Díaz-Bertrana .....	47
César Manrique y su compromiso con Canarias José María Fernández-Palacios .....	55
7.000 palmeras Carmela García .....	61
César Manrique: De una raíz virada hacia el cosmos Oswaldo Guerra .....	69
César Manrique: naturaleza y paisaje interior José Herrera .....	77
Dos voces, un mismo mensaje. Hacer de la vida una obra de arte Michel Jorge Millares .....	81
Pintar los pasos: haciendo memoria del territorio Moneiba Lemes .....	87
Blanco (y verde) sobre negro Pablo Ley .....	93
Para una pedagogía de la belleza y el paisaje: César Manrique Alicia Llarena .....	101
Arte en raíz José Manuel Marrero Henríquez .....	109

Diseño de la colección: Alberto Corazón  
Maquetación: Zita Moreno wernerpuig.com

© de los textos: sus autores

Traducción al inglés: Liz Mason-Deese  
Coordinación editorial: Carla Gómez Amat y Bisi Quevedo

Reservados todos los derechos de esta edición  
para la Fundación César Manrique.  
Taro de Tahiche - c/ Jorge Luis Borges, 16. 35507 Tahiche. Lanzarote. Islas Canarias

ISBN: 978-84-88550-92-7  
Depósito legal: GC 564-2022  
Imprime: Imprenta Roal, S.L., Madrid

Impreso en España. Papel reciclado.



## Para una pedagogía de la belleza y el paisaje: César Manrique

ALICIA LLARENA

Escritora y catedrática de Literatura Hispanoamericana

César Manrique regresa en el momento propicio, su centenario tiene lugar justo cuando las sensibilidades despiertan a las alarmas de este nuevo siglo y nos ponen frente a la noche oscura del cambio climático, del exceso neoliberal y del declive del modelo turístico insular; precisamente los focos que motivaron su adelantado activismo medioambiental y su preciosa propuesta de conjunción entre el arte y la naturaleza. Resulta decepcionante la ignorancia que se tiene de su figura visionaria y pionera en el Archipiélago, tremendamente manifiesta en el escaso conocimiento que nuestros jóvenes, incluso nuestros universitarios, tienen de su excepcional personalidad. Por el contrario, también resultan luminosas y estimulantes la empatía, la curiosidad y el asombro con que responden ante César Manrique en cuanto tienen oportunidad de conocerlo y de profundizar en sus propuestas y en su pensamiento. Hemos descuidado, me parece, una formación integral que incorpore a los grandes referentes de la cultura insular, a quienes han sido capaces de expli-



car nuestra circunstancia, poniéndola en sintonía con la cultura global y de elevar nuestro nivel de sensibilidad y compromiso hacia el espacio en el que vivimos. En medio de la vorágine estandarizante a la que inclinan la actual cultura de masas, el fundamentalismo tecnológico, los prejuicios globalizadores que intensifican la disyunción peligrosa entre lo particular y lo universal, así como la acelerada desestimación de los saberes humanísticos, las voces que nos recuerdan que nuestro vínculo con el espacio es profundo y que insisten en el valor de la belleza, del arte, de la educación, del pensamiento crítico, de la poesía, son en este tiempo imprescindibles. Poner en valor una pedagogía de la belleza y del paisaje se antoja irrenunciable en la tarea urgente de generar conciencia, que es el paso obligatorio para poner en práctica una ética del cuidado y protección del planeta.

Con enorme clarividencia, César percibe en su tiempo lo que otros no ven: la poesía de la isla, su plasticidad, su metafísica belleza, su calidad artística, una visión que en sí misma ya era un desafío a la imagen que proyectaba Lanzarote en el imaginario colectivo. Solo cuatro años después del nacimiento del artista, el intelectual canario Domingo Doreste Fray Lesco abrió su crónica de un viaje a Lanzarote con esta frase: «Salvo caso de necesidad o conveniencia, creo que sean pocos los que vayan a Lanzarote si no se presenta una ocasión» (*Por Lanzarote. Viaje entretenido*, 1923). El propio Manrique refrendaría ese carácter marginal:

Nadie conocía la isla de Lanzarote y dentro de Canarias la isla de Lanzarote era como la cenicienta. [...] La gente se reía diciendo que en Lanzarote nada más que había camellos y piedras, y que era la hija más fea de todo el Archipiélago.

*Taro. El eco de Manrique, 2012*

En tales circunstancias, hacía falta un acto de fe y un compromiso perseverante para cambiar el relato, elementos de los que César disponía y que entregó a la isla con una hermosa y natural pedagogía:

Yo, sin embargo, tenía la conciencia de que Lanzarote era una isla excepcional y de una belleza plástica que la gente no entendía. Por eso quise regresar y poner en evidencia [...] para que la gente se diera cuenta de la gran potencia plástica y belleza de la isla. Y lo he podido lograr. La gente ha podido entender perfectamente la enorme belleza de una piedra, de una tunera, hasta la belleza de un camello. O la belleza de un campesino arando la tierra, o de su arquitectura popular que estaba siendo despreciada y totalmente incomprendida cuando creían que eso era antiguo, feo y antifuncional.

*Taro. El eco de Manrique, 2012*

Los célebres espacios públicos concebidos por César responden a este guion pedagógico. Creyó que podría difundir el arte en un sentido más abarcador y didáctico, incorporando pintura, escultura o jardinería a los espacios naturales que intervino, con indudable resultado: «He comprobado el éxito educativo de los numerosos visitantes de estos lugares sugestivos, y que he llamado: simbiosis arte-naturaleza/naturaleza-arte» (*La palabra encendida*, 2005). Por cierto, que en los recorridos que hizo cada fin de semana junto a José Ramírez —entonces presidente del Cabildo— Jesús Soto y Luis Morales, para reconocer posibles espacios de intervención e idear futuros proyectos, sus acompañantes quedaron fascinados por las entusiastas explicaciones de César sobre la riqueza de la arquitectura popular, la belleza de sus volúmenes y la hermosura profunda de su humildad. Es el deseo de hacer un inventario que sirva de consulta a constructores, campesinos o arquitectos el que lo lleva a trabajar en el libro *Lanzarote. Arquitectura inédita* (1974), testimonio



fotográfico de la arquitectura popular de la isla que recopila «para partir de una verdad, buscar las raíces esenciales de su estilo». Pone en valor un patrimonio que no es solo material sino también simbólico, de ahí que acompañe las, en sí mismas, interesantes fotografías con textos personales inspiradores y poéticos, y que cite extensamente en sus páginas al artista que le precedió en la tarea de «artelizar» la isla: Agustín Espinosa, el genial escritor vanguardista que en 1929 publica *Lancelot 28°-7° (Guía integral de una isla atlántica)* fundando en sus páginas, como él mismo señala, «una visión limpia de la isla sobre la cual, habiendo tantas cosas que decir, aún no se ha dicho casi nada» (*La Gaceta Literaria*, 1929). El libro, intensamente lírico, original y creativo, señalaba el camino para la creación de una «mitología conductora», una conversión del territorio en paisaje a través del arbitraje artístico, o en palabras de Alain Roger de una «metamorfosis, una metafísica, entendida en el sentido dinámico [...] El arte constituye el verdadero mediador [...] La percepción histórica y cultural, de todos nuestros paisajes [...] se opera según eso que yo llamo, retomando una palabra de Montaigne, una "artelización"» (*Breve tratado del paisaje*, 1997). Manrique toma el testigo de Agustín Espinosa y materializa su «mitología conductora», le da cuerpo en el conjunto de su obra, contagiando a sus paisanos con la herramienta pedagógica más sencilla e intensa: enseñándolos a ver. Entiende que «saber ver y no mirar es la clave del conocimiento» (*Escrito en el fuego*, 1988), que la salvación de Lanzarote no es posible sin conciencia y que esta necesita despertar en el conjunto de la ciudadanía, a la que César instruirá en la belleza.

Es sin duda épica y conmovedora la tarea didáctica que emprende, desde la misma raíz del pueblo hasta sus gobernantes, enseñando a todos que la geología bruta y primitiva de Lanzarote es en realidad una escenografía poderosa, atractiva; un paisaje con personalidad. Y es emocionante

escuchar el testimonio de quienes fueron tocados por el magisterio apasionado de Manrique. Santiago Hernández, el maestro soldador que trabajó para el artista en sus *Juguets del viento*, lo reconoce directamente como «un genio. Lo poco que sé, se lo debo todo a él» (*Taro. El eco de Manrique*, 2012). Luis Morales, que fue el encargado de obras del Cabildo, cuenta sobre la construcción de los Jameos:

Cuando llegamos aquí, César dijo que esto iba a ser lo mejor del mundo, que no había nada igual. Yo por lo menos, dije: «Este hombre está exagerando demasiado ¿no?» [...] Aprendimos a sensibilizarnos con la idea de él. Nosotros también íbamos sensibilizándonos en el paisaje. Tanto explicar César... pues aprendimos un poco a ser constructores artistas. Cuando César veía a alguien construyendo una casa que no le gustaba, que la estaban haciendo nueva, iba y hablaba con los que la estaban haciendo y los animaba y les decía: «Ustedes son los que han hecho de Lanzarote única en el mundo, los zocos de las higueras, los muros de piedra seca, él les hablaba de la forma de plantar con las cebollas alineaditas, como si fuera tan decorativo todo». [...] Me decía muchas veces: «Luis, las carreteras tienen que quedar como si usted cogiera una alfombra y la tendiera en el paisaje. Cuidar los bordes, limpiarlos, camuflar lo que la máquina estropea para que quede la carretera con el entorno». Y logramos que pareciera que, al correr la lava, se paraba en la carretera. [...] Para mí, César era una persona enamorada de su tierra y nos hizo a nosotros por un estilo. Es que él las veía y nosotros, todavía no. Y lo que más me gustó de César es que aprendí a ver lo que no podía ver.

*Taro. El eco de Manrique*, 2012

No es extraño que en el viaje existencial de Manrique la fe en la educación ocupara un lugar prioritario, idea que acentúa de forma militante cuando Lanzarote se entrega a la especulación urbanística y él a un público activismo ecológico. Frente a la proliferación de construcciones



masivas «sin la más mínima responsabilidad de estilo [...] con una arquitectura estándar, vulgar, internacional», César siembra desde abajo y, a través de sus charlas en los centros de enseñanza, invita a los estudiantes a que «adquieran una mayor sensibilidad [...] que esto es muy importante en la juventud, ya que una cosa que no se enseña, generalmente, suele ser la sensibilidad» (*Taro. El eco de Manrique*, 2012). Poniendo en práctica, con una magnífica coherencia, la recomendación de la tarea colectiva del artista, que a su juicio debe aplicar su talento a la vida y a la salvación del medio que habitamos, Manrique encuentra el hilo de sentido de su trayectoria personal y artística y asume su destino: «Por todas las cosas que yo estoy entendiendo —dice— he sido un destinado a trabajar por la belleza».

Durante una buena época el magisterio del artista lanzaroteño logró calar muy hondo en la isla, dotándola de un prestigio internacional sin precedentes. Se había obrado el milagro en el páramo, la lluvia artística arreciaba en el desierto, y sus visitantes, entre ellos multitud de ilustres personalidades, no podían sustraerse a la seducción que ejercía su superficie aparentemente descarnada. En el malpaís, de hermosura atormentada y violenta, brotaba una lírica arrolladora y sugerente. Después, es cierto, olvidamos la lección y le dimos la espalda a la belleza. La muerte de César hace casi tres décadas acabó sepultando, también, un proyecto que hoy urge actualizar para reconectarnos con la naturaleza, con la honda significación material y simbólica del espacio vivido, aprendiendo a ver y educando ojos y conciencia para apreciar con sensibilidad lo hermoso, lo auténtico, lo artístico. Todo indica que se avecinan grandes cambios y turbulencias en el planeta y el magisterio de quien dio futuro, reputación y dignidad a Lanzarote, simbiotizando el arte y la vida, puede señalarnos rutas y resignificar el camino. Ya lo dijo Albert

Camus en uno de sus libros más relevantes: «Sin duda, la belleza no hace las revoluciones. Pero siempre llega el día en que las revoluciones la necesitan» (*El hombre rebelde*, 1951).